

A Irene Pérez Schael la ciencia le sienta bien

Por Marsolaire Quintana*



El sitio de encuentro preferido por Irene Pérez Schael son los espacios de la Galería de Arte Nacional o el Museo de Bellas Artes. Sin embargo, esta mujer de ciencia, ganadora del Premio Lorenzo Mendoza Fleury prefiere el suave calor del hogar, en donde puede hacer lo que se le antoje como repasar las páginas del libro de Rilke, *Cartas a un joven poeta*, o leer -como lo hace desde hace más de treinta años, su revista predilecta: *Chemical & Engineering*. Eso, por no mencionar el encanto que le produce escuchar el *Canon* de Pachelbel.

Pérez Schael (Caracas, 1949) obtuvo la licenciatura en Química en el Emmanuel College, Boston (EE.UU), en 1973 y el MSc. en Nutrición, en la Universidad Simón Bolívar, en el año 1980. Ese año ingresa al Instituto de Biomedicina, (UCV-MSDS). Allí es, actualmente, Jefe de Investigación de Enfermedades Entéricas de la Infancia, tema al cual ha dedicado toda su vida profesional.

En la tarde apacible que enmarca este encuentro, desde su oficina ubicado en el edificio anexo del Hospital Vargas, la determinación de esta notable mujer la ha convertido en una heroína de bajo perfil: su principal contribución científica está ligada al conocimiento de la etiología de las diarreas infantiles, a la biología y epidemiología de Rotavirus y al desarrollo de la vacuna tetravalente para limitar las gastroenteritis infantiles. Su aporte en la realización de la vacuna del rotavirus salvará de aquí en adelante miles de vidas de los niños más pobres del planeta.

Marsolaire Quintana: ¿Por qué motivo está viviendo su cuarto de hora?

Irene Pérez Schael: Bueno, porque dicen que esos cuartos de hora no llegan muy a menudo. Y creo que viví uno cuando se publicó el trabajo de la vacuna en el *New England Journal of Medicine*, que es la revista tope en salud. Fue algo estrambótico porque no puedes hablar de ese artículo ni mencionar nada hasta que sale. Te hacen entrevistas y sale en todo el mundo. En el mundo entero salió el trabajo.

MQ: ¿Cuánta repercusión tuvo eso, aquí en Venezuela?

IPS: Ese día di una rueda de prensa en el Ministerio de Sanidad, pero se nubló un poco porque fue cuando se intoxicaron los niñitos en Maracaibo. No sacaron nada de lo mío en televisión, pero salió en El Nacional, en el Daily Journal, en El Universal. En todos lados, pues esa revista es tan importante que sube y baja la Bolsa.

MQ: ¿Hay gente investigando en su área, que sintieran eso que llaman envidia?

IPS: Yo no tengo competencia en ese sentido. Hay gente que trabaja el rotavirus. Hay varios grupos, uno está en el IVIC. Más bien hacemos trabajos en colaboración. Pero lo que ellos hacen es diferente a lo que yo hago. Hay un grupo que trabaja con la penetración del virus de las células y los mecanismos de defensa. En cambio, mi trabajo desarrolla una vacuna en contra del rotavirus en la epidemiología de las diarreas, específicamente relacionadas con el rotavirus.

MQ: ¿Y a quién le pertenece esta investigación?

IPS: Ese producto es de una compañía farmacéutica. Ese trabajo que fue publicado en el New England, esa vacuna ya no está en el mercado. Tuvo problemas a los ocho o nueve meses, que sale de manera rutinaria. Pero casi todos esos son productos

que las instituciones que las desarrollan se las venden a las empresas. Además la inversión para que eso salga a la calle, la compañía farmacéutica puede recuperarla en la calle. Las instituciones públicas no pueden. Seiscientos mil niños mueren por rotavirus cada año.

MQ: Cada día mueren más de cuarenta niños en el mundo por causa de esta enfermedad. Pero, ¿esa vacuna se aplicó en el país?

IPS: Aquí no se ha comercializado. Se comercializó en Estados Unidos. La industria que tenía la patente era norteamericana y la vendieron allá. Ahora la estrategia la estamos cambiando, para saber si se registra primero en Latinoamérica, porque el comportamiento de estos virus y donde causan mayores impactos –donde se muere más gente- es en los países en desarrollo. Entonces el comportamiento de la vacuna puede ser diferente, porque más la necesitamos. Pero no tenemos el poder adquisitivo.

MQ: Es una paradoja: esta vacuna puede salir a la calle, y resulta que los gobiernos de estos países no la adquieren porque no pueden. ¿Es muy costosa?

IPS: Cuando salió era bastante costosa. Pero es por lo que te dije anteriormente: estaban recuperando la inversión. En un cierto tiempo, ella disminuye sus costos de modo significativo. La de hepatitis salió en 50US\$. Y eso que tú dices que es una paradoja, de alguna manera es un mecanismo de justicia. Porque ¿quienes son, entonces, los que pagan la inversión que hace la compañía para desarrollar un producto? Los países que tienen poder adquisitivo. Una vez que esto ya lo recuperaron (generalmente en los primeros tres años) comienza a distribuirse en todo el mundo. Entonces es una paradoja de los dos lados. Es relativo. Lo que pasa es que la gente no entiende.

MQ: ¿La enfermedad tiene que ver con los índices de pobreza?

IPS: No. La diarrea por rotavirus se produce en todas partes. Lo que sucede es que los niños en los países ricos, desarrollados, no mueren. Primero porque las madres están más preparadas. Y segundo, tienen acceso al médico. En cambio en nuestros países, las madres no tienen información y el médico a veces no está disponible. Digamos que en África del sur, en la India, en Bangladesh, la mortalidad por rotavirus es altísima: se mueren entre 40 y 70 niños a diario. En América no es tanto.

MQ: Según la Fundación Polar, el perfil para los ganadores del concurso son investigadores talentosos, creativos y productivos. ¿Qué significan esas palabras para usted?

IPS: Si uno no es talentoso, uno no supera a la norma, uno no sobresale. La productividad es una consecuencia del talento y de la perseverancia. Puede ser que uno sea muy productivo en un trabajo no muy creativo. Pero, ellos exigen que uno tenga un trabajo de impacto. Gracias a este tipo de trabajo, Venezuela tienen un lugar en la historia de los rotavirus en el mundo.

MQ: ¿Por qué usted escogió este camino de investigación y no otro?

IPS: Hacer ciencia quiere decir que uno tiene, de alguna manera, condiciones o, digamos, curiosidad. Es ese querer resolver interrogantes es algo innato, es una necesidad, eso es algo que está muy vinculado al hacer ciencia. Ahora, el área de trabajo si es una casualidad. Hacía la maestría, en la Simón Bolívar, en nutrición y mi tesis la realicé en este instituto.

Ese fue mi contacto inicial con el mundo internacional. Creo que soy una investigadora sui generis en algún sentido. No soy nada tradicional, siempre rompiendo esquemas. Porque en lo general todo el mundo se conecta con estas áreas cuando se va para afuera. Yo estudié mi pre-grado afuera. Sin embargo,

cuando hice mi pre-grado sobresalí porque hice cosas inusuales. Nunca me conformo con lo que está diseñado. Cuando estaba allá, dije que iba a ser mi tesis en la Escuela de Salud Pública de Harvard y me fui a trabajar allá. Esa escuela estaba en el tope del estrellato en nutrición. Yo estaba en un *college* pequeño y allá ellos siempre son flexibles y el que quiere superarse y hacer otra cosa, lo hace. No soy una persona que se conforme con lo preestablecido.

MQ: Los científicos jóvenes se marchan y desean quedarse allá. ¿Qué pasa con la fuga de cerebros en un país como éste?

IPS: Es que afuera se abren ventanas. Pero el que ahora ellos permanezcan afuera del país obedece a otra cosa. Las condiciones de aquí son complicadas. Yo tengo suerte, pues el director de este instituto es muy flexible, y puedo desarrollar mis proyectos. Pero no es la regla.

MQ: Hay sólo tres mujeres que han ganado el Premio Mendoza. ¿Va relacionado con esas condiciones de trabajo para los investigadores?

IPS: Eso es otra cosa. Puede tener que ver con barreras de uno. El ser lo que soy me ha costado más porque soy mujer y tengo que cumplir una doble labor, madre y profesional. Segundo, las barreras que tiene uno en un país subdesarrollado (la información está afuera) son difíciles. Además de eso, el nacer aquí te impone condiciones culturales, como si te sintieras disminuido. Eso lo sientes desde pequeño. Y después, la mujer al pelear al afuera está venciendo barreras porque tiene inseguridades. Eran tres cosas: madre, mujer y latinoamericana. Pero no estoy diciendo que son impuestas por el entorno. Y eso lo tuve que vencer. Yo creo que la generación joven no tiene esos valores de querer ser el mejor, de querer ser el que trasciende, de

querer reventar fronteras. A lo mejor es querer vivir una vida más saludable, más feliz, sin tantas expectativas y exigencias.

MQ: ¿Y eso es bueno o malo?

IPS: Yo no lo califico ni de bueno ni de malo. Para acá es, a lo mejor, más sano mentalmente. Lo que sí es malo aquí es que al que sobresale lo quieren opacar, lo quieren bajar, porque aquí no se tolera a quien tenga éxito. Uno tiene que darle pena, porque si no estás opacando al otro. Yo tengo un escrito sobre la historia de la ciencia en este país, y hablo de la posición de la Universidad Central y la posición del IVIC. El IVIC lo que promueve es la excelencia y el individualismo. En ese momento que lo escribí estaba menos conectado con la sociedad. La universidad, en cambio, era la masa. Había más capacidad, más gente, pero no la calidad que se requería. Era el colectivo versus el individualismo. Yo creo que hay que llegar al intermedio.

MQ: ¿Cómo ve la gente al científico? ¿Hay prejuicios, estereotipos?

IPS: Piensan que uno es un genio y lo ponen ahí, intocables.

MQ: ¿Y qué pasa con los científicos intocables?

IPS: Bueno, eso es otra cosa. Yo no soy un prototipo de científico. Yo tengo que hacer estudios de campo, tengo que salir a la calle. No estoy aislada en un laboratorio, ni aislada en una oficina. Uno está metido dentro de su propia teoría y de sus conocimientos, pero cada vez el científico es más abordable. El camino entre lo que tú haces y la aplicabilidad de lo que tú haces es cada vez más corto.